



## *Rodolfo Walsh, ese padre de su pasado*

Por Ulises Cremonte

Libro: *Rodolfo Walsh: la palabra y la acción*

Autor: Eduardo Jozami

Editorial: Norma

Con un estilo riguroso, poblado de datos y referencias puntuales, pero sin perder agilidad, Eduardo Jozami acierta en una decisión que atraviesa su libro: coloca a Rodolfo Walsh frente a su espejo y, al hacerlo, además, lo baja del pedestal en el que de un tiempo a esta parte se lo ha ubicado. Y si decimos *en espejo* es porque en cada una de las diversas épocas de la vida de Walsh aparecen citas donde él mismo reflexiona sobre sus comportamientos en el pasado. Uno descubre cómo la autoreferencia se transforma en la principal herramienta que Walsh utiliza a la hora de pensar y pensarse. Pero cuando lo hace, no elige el lugar contemplativo de la nostalgia; por el

contrario, aun cuando fue un cronista único y un valiente denunciante, parece que nunca dejó de sermonearse. De allí que a lo largo de su carrera nos encontremos con prólogos de libros, reportajes concedidos - muy bien seleccionados por Jozami- y hasta pequeñas frases sueltas donde se muestra a sí mismo; en los comienzos de su vida social, como un ser ingenuo, en otros, como un ser indiferente.

Hay en su vida un quiebre explícito y fundacional que el libro de Jozami trabaja con especial cuidado. Hablamos de los días en los que se gesta lo que después será *Operación Masacre*. Allí, la realidad golpea su puerta, o, para ser más exactos, su tablero de ajedrez. Con el alzamiento de junio de 1956 su tedio se ve afectado; ese mes, esa fecha, inicia la muerte de un viajante. Él mismo no deja de marcar lo que entiende como su error. Walsh, hostigando a Walsh, no hace más que proyectar en su propia apatía la desidia de una sociedad. Porque esto también es una decisión política: condenarse es condenar a esa clase frívola y acomodada que miraba (y aún mira) a los movimientos populares con desconfianza.

Jozami divide la vida de Walsh en cinco capítulos que aparecen agrupados bajo algunas regularidades temáticas. Están en orden cronológico, sí, pero tienen a su vez un encadenamiento argumentativo: cada etapa es la antesala de una nueva evolución, de un nuevo cambio. Y allí, otra vez, está Walsh como fiscal de su pasado, haciendo de una tesis una antítesis.

El recorrido que propone Jozami se inicia con el Walsh *irlandés*, marcado a fuego

por una educación casi militar en un internado ubicado en un terreno de 32 hectáreas, muy cerca del centro de Moreno. Transita por su infancia en el Instituto Fahy, por el modo en que sus tenues influencias se proyectan en el campo de la escritura y, también, por la aparición de una música idiomática -el inglés- que, más que una segunda lengua, fue una melodía con la cual Walsh convivió toda su vida.

El Walsh joven, en tanto, es presentado por Jozami como extremista, impulsivo y militando en la Alianza Libertadora Nacionalista, un grupo de fuerte presencia juvenil. La Alianza es un movimiento en permanente agite y de espíritu combativo, y Jozami intuye que es por tales características -que debían cuadrar con su personalidad- que Walsh participa de este grupo, más que por una convicción ideológica fuerte. Sobre esta etapa las referencias que brinda Walsh son escuetas, pero no dejan lugar a dudas: otra vez aparece condenando su pasado. Y es por esto que el aporte realizado por Jozami encuentra en este punto un valor destacable, ya que el mismo Walsh trató de esconder esta época bajo la alfombra. Son años de choques callejeros, de peleas contra "los de la FUBA" y de una etapa que se cierra con el alejamiento de la Alianza, del peronismo y, sobre todo, de la política.

Después nos encontramos con el Walsh escritor de cuentos policiales. Estos relatos de enigma alcanzan su apoteosis en los encuentros que tienen en un bar un comisario retirado -Laurenzi- y un ingenuo y algo soberbio intelectual. Hablamos de Daniel Hernández, especie de alter ego de

Walsh, o, para ser más exactos, radiografía despiadada de cómo Walsh veía su parte intelectual. Otra vez advertimos cómo las principales críticas a su persona parecen nacer de él mismo.

Y, entonces, *Operación Masacre*. En palabras de Jozami este libro es el encuentro de “un gran escritor con un gran tema” y marca, como se dijo antes, un punto de quiebre. Las constantes reelaboraciones de ese texto no resultan extrañas en un Walsh que siempre cambió, que nunca se quedó quieto y que bajo ningún punto de vista dejó de escudriñarse. Pero hay una frase -y un propósito- que nunca cambia: “Dar testimonio”. Las huellas de la palabra *testimonio* ratifican el designio que marcó la vida de Walsh. *Testis* (testigo) y *facere* (hacer). Testigo tiene, entre algunos otros derivados, la palabra *testículo*, es decir, todo aquel que da testimonio enfrenta con virilidad los hechos y decide que su relato los traiga a la luz. De allí que Jozami vuelva a acertar cuando sostiene que las múltiples modificaciones que sufre *Operación Masacre* no son tan sólo un cambio en el contenido sino, sobre todo, un desplazamiento en el enunciador que pasa del “denunciante neutro” al “militante comprometido”.

Después de *Operación Masacre* Walsh se aleja a Cuba. Se podría decir que es una especie de exilio ante el desencanto que en ese momento le genera su país. Hacia fines de 1958, el informe de la Comisión Parlamentaria sobre el caso Satanowsky había tenido escasa repercusión, y Walsh sintió que no había logrado inmutar la co- rraza de impunidad que protegía a los po-

derosos. De su época en Cuba quedaron muy pocos registros: los archivos de Prensa Latina desaparecieron y sólo perduran artículos aislados que Walsh escribió para medios argentinos. Su regreso a Buenos Aires está marcado por una amarga nostalgia. “De vuelta en la ciudad terrible”, se queja un Walsh que, como señala Jozami en un momento destacable del libro, añora Cuba y tiene recuerdos con forma de mujer.

Entre 1965 y 1967, los críticos literarios comienzan a ver con buenos ojos la figura de Walsh. Pero él toma decisiones políticas y no literarias. En este sentido, Jozami puntualiza que Walsh abraza el registro realista más por doctrina que por convicción estilística. Es que las batallas que el periodista libra son en otros frentes, y su preocupación nunca fue el canon. “Las investigaciones de los grandes relatos de Walsh apuntan a reconstruir los hechos que deben y pueden ser probados”, afirma Jozami. Y los capítulos siguientes muestran cómo el cuerpo de Walsh se va configurando en el de un intelectual particular, que no encaja con los modelos presentes en los 60 y 70. Nuevamente, *testimonio* como otro rostro de la virilidad. En este contexto, el peronismo es para Walsh, según Jozami, un drama personal. Como fantasmas en un parque de diversiones clausurado, aparecen esa mujer, el movimiento obrero, Perón y Montoneros. Una lucha que es externa, social, pero también interna. Como cada uno de los caminos que eligió en su vida.

El golpe del 76 nos acerca al final del recorrido. Cita Jozami a Walsh: “Fue un error

casi general. Se admitía la posibilidad del golpe, pero también se trabajaba como si no fuera a ocurrir”. Estamos ya en el último capítulo del libro, y aquí la descripción cronológica y exhaustiva de los hechos le gana a la biografía. Es que no es posible explicar las acciones y las palabras de Walsh sin puntualizar qué ocurrió en esos años y, especialmente, por qué ocurrió.

“La estructura de este libro, el desarrollo cronológico al que en buena medida se atiene, refleja naturalmente cómo Walsh se va distanciando de su oficio de escritor”, señala Jozami, para quien hay dos vertientes que intentan teñir su muerte. Una que presenta como un acto heroico, la carta a la junta, y otra que marca como un gesto suicida. Pero no toma partido por ninguna de las dos, sólo expone algunos apuntes sobre los que se recuestan sendos argumentos. Lo que sí plantea son dos enigmas que no han sido resueltos: ¿qué fue del cuerpo? y ¿dónde están esos papeles secuestrados en su casa? Aunque sabe que, aun obteniendo esas dos respuestas, siempre quedarán enigmas por resolver.

A raíz de este comentario, con el cual se cierra el libro, nace la sensación de que la vida de Walsh está incompleta, que debería haber habido más capítulos, que su voz no debería haberse apagado en esa jornada de 1977. Y, también, que pese a su muerte su figura continúa teniendo nuevos pliegues. Pero si por algo la obra de Walsh fue única, inédita en su época y fundacional, es porque Walsh fue su mejor biógrafo; porque todo lo que se diga lo dijo él primero. Encargado de reinterpretarse

a lo largo de su vida, fiscal de su pasado, nunca descansó.

Recordemos una cita realizada por Jozami en torno a aquella etapa iniciativa en la Alianza Nacionalista. Decía Walsh: "A los 18 años no estaba en condiciones de interpretar lo que vivía". No hay en Walsh una época en su vida que no haya merecido de su parte un reproche (salvo, quizás, sus días en Cuba). Da la sensación de que siempre fue padre de su pasado y de que en su pasado siempre fue un niño ciego y caprichoso. Un hombre que ha hecho de la contradicción y del arrepentimiento sus valores supremos. Y el libro de Eduardo Jozami muestra con minuciosa agudeza cada uno de esos cuerpos pasados, y cómo el mismo Walsh, desde una posición casi paternal, tuvo la extraña particularidad de desdoblarse, de castigarse a sí mismo para cambiar, de matar al Walsh pasado y hacer que uno nuevo y más maduro nazca.